Las autoridades españolas no tienen más remedio que recurrir a los Estados Unidos para abastecer las fuerzas navales que custodian al imperio. El tráfico de harinas sufre oscilaciones, pero se mantiene como una inevitable actividad mercantil que abre brecha favorable a los intereses norteamericanos. Cuando en 1796, hay que remitir víveres y provisiones a Puerto Rico, el agente español en Norte América, Don Carlos Martínez de Irujo, mueve cielo y tierra para conseguir de los comerciantes de Baltimore los créditos necesarios. Uno de ellos, Don Diego Barry, promete llevar adelante la empresa si se le permite enviar a La Habana veinte mil barriles de harina. Irujo accede a pesar de que no tiene instrucciones para ello.

Las autoridades españolas critican duramente esta acción. Pero a Puerto Rico se remiten, hacia fines de 1796, cinco cargamentos valorados en 292,000 pesos fuertes, con galletas, harinas, tocinos y quesos. Mientras Irujo capea la ira oficial, los ingleses se acercan a la isla en son de guerra, como veremos más adelante. Llega, para Puerto Rico, el momento crítico del siglo. Las galletas y harinas, los tocinos y quesos de Norte América van a alimentar la guarnición en sus difíciles horas de prueba. La relación mercantil, nacida de inaplazables necesidades sociales, constituirá, desde fines del siglo XVIII en adelante, un nexo firme y constante entre la isla y la joven y pujante república del Norte, cuya sombra comienza a extenderse sobre las aguas y tierras asoleadas del Caribe.

CAPÍTULO XXI

EL ASEDIO BRITÁNICO

17 de abril de 1797. Comienza a alborear el día sobre la faja de la costa de Loíza, paisaje plácido de arena y cocoteros, de acacia, hicaco y pajuil. Pero no será un día tranquilo para la gente de tierra. Inquietos vigías atisban el horizonte. Tienen instrucciones de dar pronto aviso por medio de ahumadas de día y de candeladas de noche, si aparecen buques enemigos. Un centinela en el Caballero de San Cristóbal, en la cima del imponente fuerte, permanece en constante guardia por si surgen las señales indicadas. El espíritu de la ciudad está, pues, alerta y vigilante.

Con la luz difusa de la madrugada, principian a columbrarse velas en la lejanía. A medida que avanzan los minutos, la anchura marítima se puebla de navíos, de emblema inconfundible. Forman los navíos una flota británica y vienen en son de guerra. Desde los días de Enrico el holandés, Puerto Rico no ha sufrido una prueba como la que ahora le aguarda.

Inglaterra ha decidido la conquista militar de la isla. Lo que no alcanzó su diplomacia en la Guerra de Independencia de los Estados Unidos, lo intentará en esta ocasión su poderío bélico. La España de Carlos IV, desde la Paz de Basilea, —como hemos visto— se convierte en dócil aliada de la Francia revolucionaria. Y la Francia revolucionaria, por su hostilidad a las monarquías y su pasión republicana, es anatema para la Gran Bretaña. Entre los dos colosos arde un duelo que durará

toda una generación. De 1792 a 1815, con muy escasas treguas se peleará en tierra y mar. En tierra, Francia alcanzará extraordinarias victorias, bajo la inspiración genial de Napoleón Bonaparte. Pero Inglaterra será dueña de los mares. Sus flotas, bajo un bravo marino, Lord Nelson, cerrarán las rutas marítimas a la ambición francesa.

Este dominio del mar da a Inglaterra extraordinaria movilidad para atacar a sus enemigos en los puntos más variados y distantes. El imperio español se extiende como una zona expuesta, como un gran blanco tentador para la audaz estrategia británica. La conquista de los puntos claves del sistema defensivo hispánico parece tarea más fácil ahora que en ningún momento anterior en la historia del Siglo. En 1797 va hacia América una imponente escuadra bajo el Almirante Henry Harvey, con un ejército numeroso acaudillado por el General Sir Ralph Abercromby. Así se apresta a ganar Inglaterra la batalla del Caribe.

Conquista de Trinidad

El ataque inglés considera, desde el primer instante, dos posibles blancos: Trinidad y Puerto Rico. Trinidad posee una posición privilegiada por su cercanía a las costas venezolanas. Entre la isla y la tierra continental, existe el "caño de la Ymbernada": el brazo de agua por donde se internan los navíos que hacen el comercio del norte de Sur América. Con Trinidad en manos inglesas, se podrá asestar rudo golpe a las líneas de comunicaciones marítimas de España con sus Indias. Pero aún más: Trinidad es base ideal para el contrabando con los dominios españoles. Y para Inglaterra, la conquista del comercio del imperio español constituye, hacia fines del siglo XVIII, una de las magnas finalidades de su política exterior.

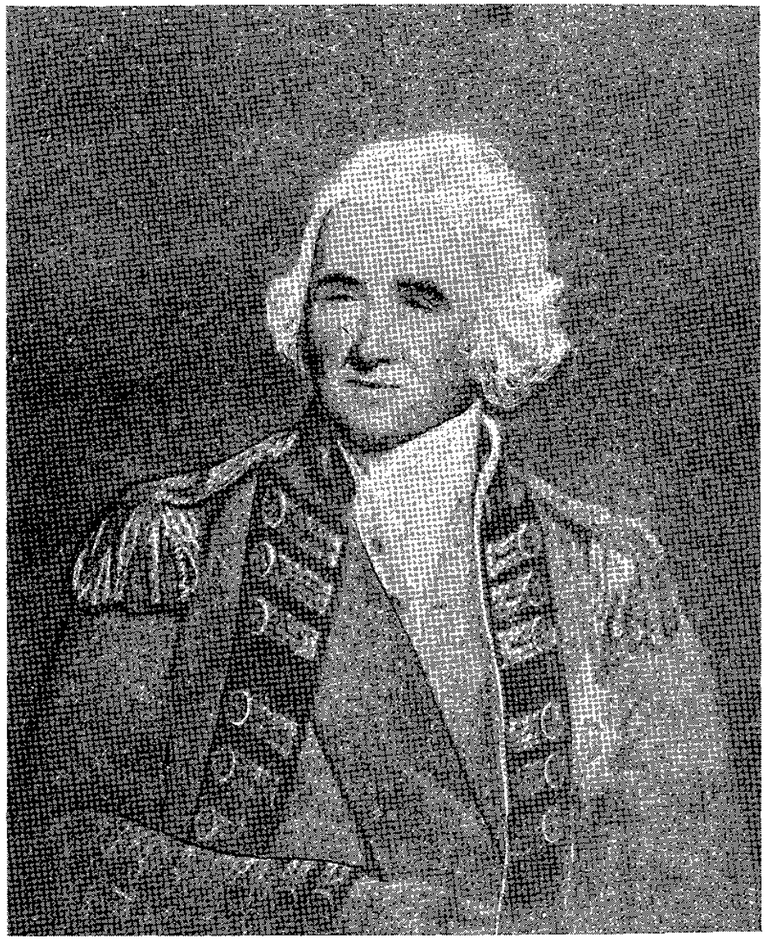
"...bajo un bravo marino, Lord Nelson, cerrarán las rutas marítimas a la ambición francesa."

El General Abercromby, quien tendrá a su cargo las operaciones de tierra, pertenece a los grupos londinenses que anhelan la independencia de la América Española y del Brasil como medio indispensable para abrir los puertos latinoamericanos al comercio británico. Esta tendencia gana adeptos en las luchas contra la Francia revolucionaria. Los hacendados de las Antillas Británicas —tan opuestos a nuevas conquistas inglesas en el Caribe— no tienen ya suficiente poder e influencia para detener la ambición de los nuevos jefes militares ingleses, ansiosos de lograr un histórico desquite de los reveses sufridos en la guerra anterior.

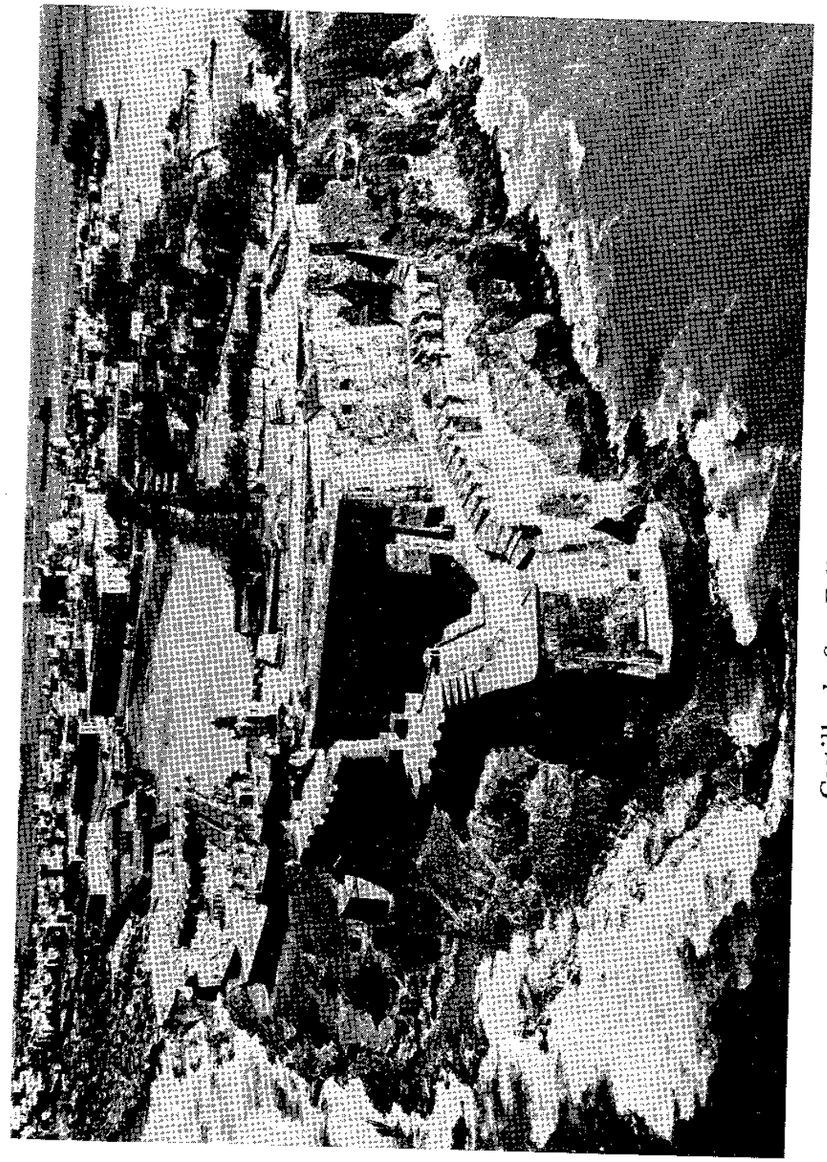
La conquista de Trinidad es labor fácil. A la isla la defiende un débil, indeciso y torpe gobernador, Don José María Chacón. Carece Trinidad de las formidables defensas de Puerto Rico. No posee tampoco la vasta red de milicias disciplinadas, listas para entrar en acción. Cuando aparece en el horizonte la escuadra de Harvey, Chacón huye hacia el interior. Desembarca Abercromby el 17 de febrero y al frente de sus tropas avanza tranquilamente hacia la ciudad. En la Casa de Gobierno, sólo queda para recibir al inglés, el preocupado cura de Puerto España, la capital de la isla. Chacón, ignominiosamente, capitula unas horas más tarde. "La conducta de las tropas españolas, tanto de tierra como de mar" —escribe Abercromby once días después— "parece indicar una nación decadente y señalar la posibilidad de nuevas conquistas, si estamos en condiciones de retener lo que podamos adquirir con sólo una fuerza adicional." Si así se comportan los defensores de Trinidad, así también se comportarán los de Puerto Rico. Con esta engañosa y simple lógica, Abercromby y Harvey deciden entonces el ataque inmediato a la isla.

Reunión en Fortaleza

Temprano en la mañana del 17 de abril se reúnen en el



General Sir Ralph Abercromby.



Castillo de San Felipe del Morro.

Salón del Trono de La Fortaleza los jefes de la guarnición con el gobernador y capitán general, Don Ramón de Castro. Las noticias que llegan de los vigías de Loíza son alarmantes. ¡Nada menos que una escuadra de más de sesenta buques se aproxima a la isla! Harvey y Abercromby confían, indudablemente, en repetir la hazaña de Trinidad. ¿Intentarán los ingleses una entrada al puerto, según la estrategia clásica de Drake y Enrico? ¿O seguirán más bien el plan de Cumberland, con un ataque por el frente de tierra, procedente desde las playas del Condado? Es claro que traen suficientes fuerzas para un desembarco. El momento es crítico para los jefes militares y no menos grave es la ansiedad del vecindario.

Pero el gobernador De Castro no es hombre pusilánime y los jefes que le rodean son de su mismo temple: firmes, resueltos, enérgicos. Las reformas militares del Mariscal O'Reilly en las anteriores décadas han preparado a la guarnición y al pueblo para esta difícil prueba. Los hombres que han seguido a O'Reilly —los ingenieros Tomás O'Daly y Juan Francisco Mestre— han perfeccionado los planes de defensa. No es momento para súbitas improvisaciones. El ojo experimentado del Mariscal había previsto con sistemático cuidado la defensa de la plaza. Cada detalle ha sido objeto de pormenorizado estudio. Sólo falta saber ahora si hay voluntad de mando en los jefes y espíritu guerrero en el pueblo.

El Plan de Defensa

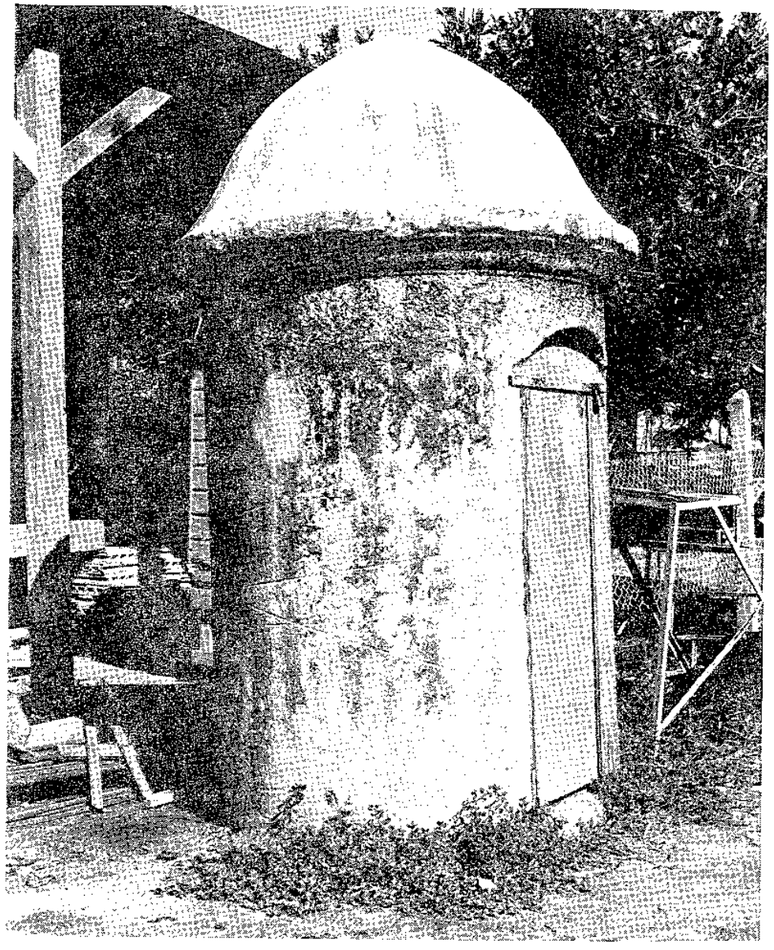
En la Sala del Trono de la Fortaleza en la mañana abrileña, nadie vacila. El plan de O'Reilly, de O'Daly y Mestre, entra en inmediata ejecución. Este plan descansa en los cañones del Morro y del Cañuelo para defender la entrada de la bahía, reforzando su fuego con el de embarcaciones, listas para obstruir cualquier penetración.

La lógica guerrera presupone que los ingleses desembarcarán más hacia el Este, en la zona cercana a Boca de Cangrejos, donde el embate marino pierde fuerza y se remansa en suaves olas que van a morir en el acogedor arco de la playa. En esta ensenada, se podrá hostigar con columnas volantes el avance a tierra de las fuerzas enemigas. Pero se admite la posibilidad del desembarco. Aún cuando los ingleses logren desembarcar, la ocupación de Cangrejos constituirá tan sólo un primer paso. La marcha hacia San Juan no será tarea fácil. El plan español contempla la defensa a distancia, a profundidad: la sucesión de puestos defensivos que desgasten al invasor antes de que se acerque a las fortificaciones principales.

La primera línea de defensa se forma a la entrada de la isleta: en el flanco izquierdo, el Escambrón y el Castillo de San Jerónimo; luego una línea de apostadores o puestos de avanzada, hasta el Puente-Fuerte de San Antonio, nudo central de la defensa a los acercamientos a San Juan.

Si el enemigo logra perforar esta primera línea, este primer cinturón protector, no encontrará el camino libre a la ciudad. A media distancia entre San Juan y el Puente de San Antonio, se tropezará con otra línea trazada desde la costa hasta el Caño, que le corta el paso, con paredones, cuatro baterías y fosos de agua. Pero aún suponiendo que pudiera penetrar esta segunda línea, le espera entonces la operación más grave: enfrentarse al complicadísimo sistema de defensas del Frente de Tierra sobre el que señorea el orgulloso Castillo de San Cristóbal.

Como todo buen plan de defensa, se anticipa también la posibilidad de un contraataque. Para esta acción, se necesitarán reservas. Y las reservas están a la mano: son las Milicias Disciplinadas, que ha reorganizado O'Reilly, los vecinos en



Garita del Fortín del Escambrón.

armas, que avanzando desde los pueblos del interior deben congregarse en Río Piedras y Bayamón para reforzar a las guarniciones de los fuertes o atacar al invasor desde la zona de Martín Peña. Si el sitiador avanza hacia San Juan, tendrá que protegerse de este ataque en su retaguardia.

El plan es metódico, inteligente, eficaz. De no actuar rápido Abercromby, quedará rodeado en un gran bolsón, en un ancho arco que se extiende desde el Fuerte de San Jerónimo, a través del Caño de San Antonio hasta Martín Peña y los manglares de Cangrejos. De sitiador puede convertirse en sitiado. Tal es la esperanza de los jefes españoles.

No hay tiempo que perder. De Castro, todo energía, todo previsión, ordena el Toque de Generala. Al estrépito de tambores y cornetas, marchan las tropas a sus puestos de combate. Y la Marina Real con cuatro ganguiles o lanchones de poco fondo, dos pontones y doce lanchas cañoneras ocupa sus posiciones en el caño, mientras otras embarcaciones bajo la sombra del Morro, protegen la entrada de la bahía. Estas embarcaciones ligeras, debidamente artilladas, son baterías flotantes que pueden desplazarse con gran facilidad en los caños y perturbar así los movimientos enemigos.

Para defender a San Juan, cuenta De Castro con un total de cerca de 5,000 hombres, entre soldados veteranos, vecinos del país, pardos y negros libres y esclavos presentados por sus amos. Y cuenta, además, con aliados franceses. Las peripecias de la guerra convierten a San Juan en base de recalada para los corsarios de las islas francesas. Al frente de este grupo, está un criollo de las pequeñas islas de Saint Pierre y Miquelon, Agustín París, quien representa en Puerto Rico al gobierno revolucionario de Francia. Desde el día 5 de abril, París ofrece los servicios de cerca de 300 franceses. De Castro acepta la oferta y envía una unidad al Fuerte de San Jerónimo,

donde los franceses enarbolan el pabellón revolucionario y animosamente se aprestan a batirse con el tradicional enemigo.

Por el Camino Real galopan ahora los mensajeros con instrucciones precisas a los pueblos, a fin de que acudan a la Capital las compañías de caballerías, las milicias y la gente útil para la defensa de la plaza y vengan también los vecinos con provisión de los frutos del país. Entretanto, comienza la evacuación inmediata de las mujeres, niños y ancianos. Hasta las monjitas abandonarán sus conventos, pues hay que emplear a éstos como hospitales y cuarteles. Los religiosos atenderán a la guarnición y a los hospitales de sangre. Todo se organiza así, con precisión y rapidez, mientras marchan hacia la playa de Cangrejos las columnas volantes que, bajo el Teniente Coronel Don Isidoro Linares, se opondrán al desembarco enemigo e iniciarán así la primera operación de fuego.

El Plan Inglés

Entretanto, los jefes ingleses acuerdan también su plan de campaña. Forzar la entrada del puerto es movimiento asaz arriesgado. La lógica guerrera indica la conveniencia de un desembarco en la playa que aparezca más indefensa y de aguas más tranquilas. La enorme superioridad naval de que gozan les permitirá bloquear las únicas entradas a la bahía, de modo que no pueda el enemigo lograr refuerzos por la vía marítima. El fuego de los cañones de la flota cubrirá el desembarco de las lanchas. Y una vez en tierra, confían los ingleses en un ataque rápido y devastador que aniquile la voluntad defensiva española, les abra el camino a la ciudad y les facilite la rendición de la plaza.

Para esta operación de tan amplia envergadura cuenta Abercromby con un abigarrado ejército internacional de ocho a diez mil hombres, en el que se codean tropas inglesas e irlan-

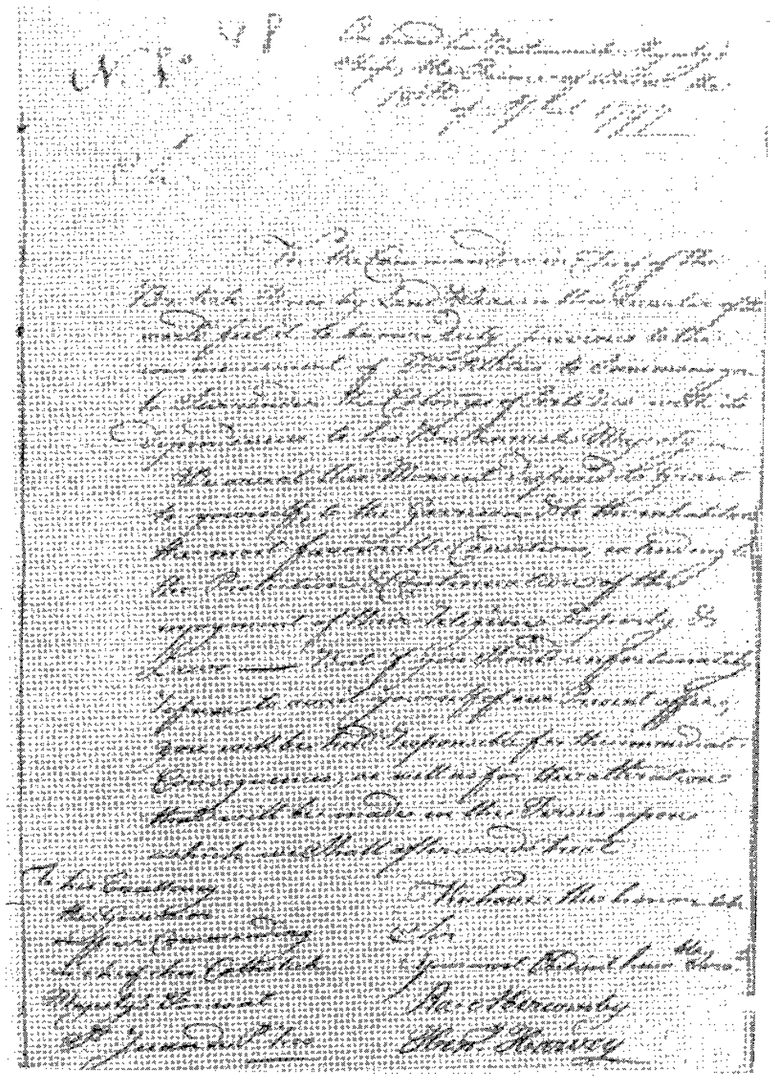
Un cuadro del Almirante Sir Henry Harvey.

desas con regimientos alemanes y emigrados franceses, enemigos de la revolución.

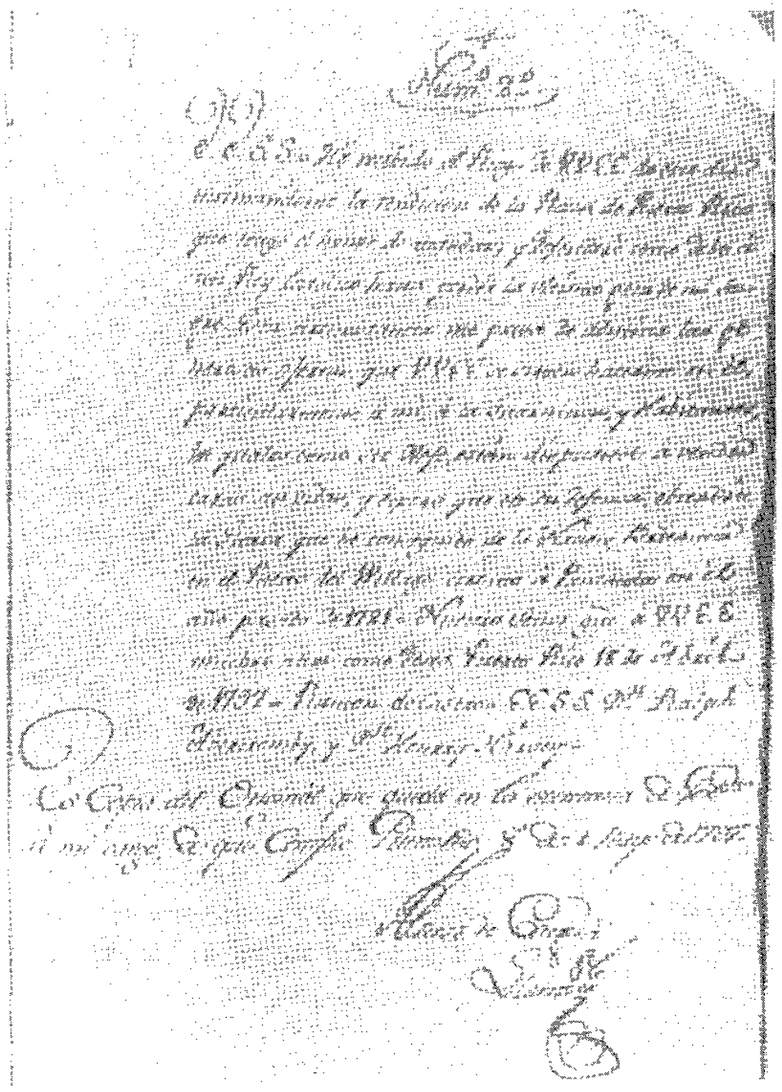
Los ingleses proceden con sistema y método. Envían fragatas a bloquear el puerto, mientras exploran la costa hasta Palo Seco. La ensenada de Boca de Cangrejos es el punto ideal para el desembarco y hacia la playa van las primeras lanchas, enarbolando orgullosas el pabellón inglés. La eficacia del bloqueo, la presencia de tan numerosos barcos, la inminencia de los desembarcos: todo debe convencer a estos decadentes españoles que el más prudente camino es el de la rendición. Mientras el fuego de los buques cubre el avance de las lanchas, al que ofrecen resistencia las columnas volantes de Linares, los jefes ingleses deciden enviar un oficial en un bote con bandera parlamentaria que entregue a los españoles el pliego con las condiciones para la rendición de la plaza.

El lenguaje es cortés, las condiciones son generosas. La guerra entre ejércitos monárquicos en el siglo XVIII no está reñida con la civilidad. Si se entrega la guarnición, los ingleses permitirán que los habitantes continúen gozando de su religión, sus bienes y sus leyes. La respuesta española también es breve y cortés. El Gobernador De Castro declina la generosa oferta británica y subraya que tanto él como los habitantes están dispuestos "a vender caras sus vidas..." Y próximo a batirse con los caballerosos enemigos añade: "Nuestro Señor guarde a Vuestras Excelencias muchos años como deseo." Pero el edecán que lleva la respuesta de De Castro se encuentra con que los parlamentarios ingleses han regresado a sus barcos. Harvey y Abercromby han comprendido que De Castro es hombre de temple muy distinto al de Chacón. Puerto Rico no se rinde. A Puerto Rico hay que tomarlo.

Entran en acción los dos planes de campaña. Bajo el fuego graneado de los buques, desembarca Abercromby tres



a) Facsímil de la carta original del general Abercromby y del Almirante Harvey conminando al Brigadier De Castro la capitulación y entrega de Puerto Rico.



b) Facsímil de la copia del escrito que el Brigadier De Castro envió al general Abercromby y al Almirante Harvey.

mil hombres. A pesar de la viva resistencia española, es bien pronto dueño de lo que hoy es Santurce. Las columnas volantes, no sin ofrecer viva resistencia, se repliegan hacia el Puente-Fuerte de San Antonio y hacia Martín Peña. Abercromby observa las elevaciones del lugar y marcha a ocupar la Plaza de San Mateo, punto alto que domina la extensión del campo de operaciones. En la casa veraniega del Obispo establecerá su cuartel general y desde allí dirigirá la batalla. Tiene razón para sentirse satisfecho. Ha interceptado el Camino Real. Ha comenzado a limpiar a Cangrejos de tropas españolas. Y ahora medita el plan de ataque a San Antonio y la penetración por el Caño, que le abrirá la ruta acuática a la Bahía.

Reacción Española

El Puente de San Antonio es punto crítico de los nuevos movimientos. El Brigadier De Castro coloca allí a un militar animoso: el ingeniero Ignacio Mascaró. Pero tiene que mantener ojo avizor sobre todo el contorno. Hay que observar los movimientos ingleses en Punta Salinas, donde puede ocurrir otro desembarco. Los cañones del Morro y del Cañuelo tratan con nutrido fuego de impedir el acercamiento de los navíos a la playa. En Bayamón y Palo Seco, se congregan milicias disciplinadas para hostigar el acceso a la tierra.

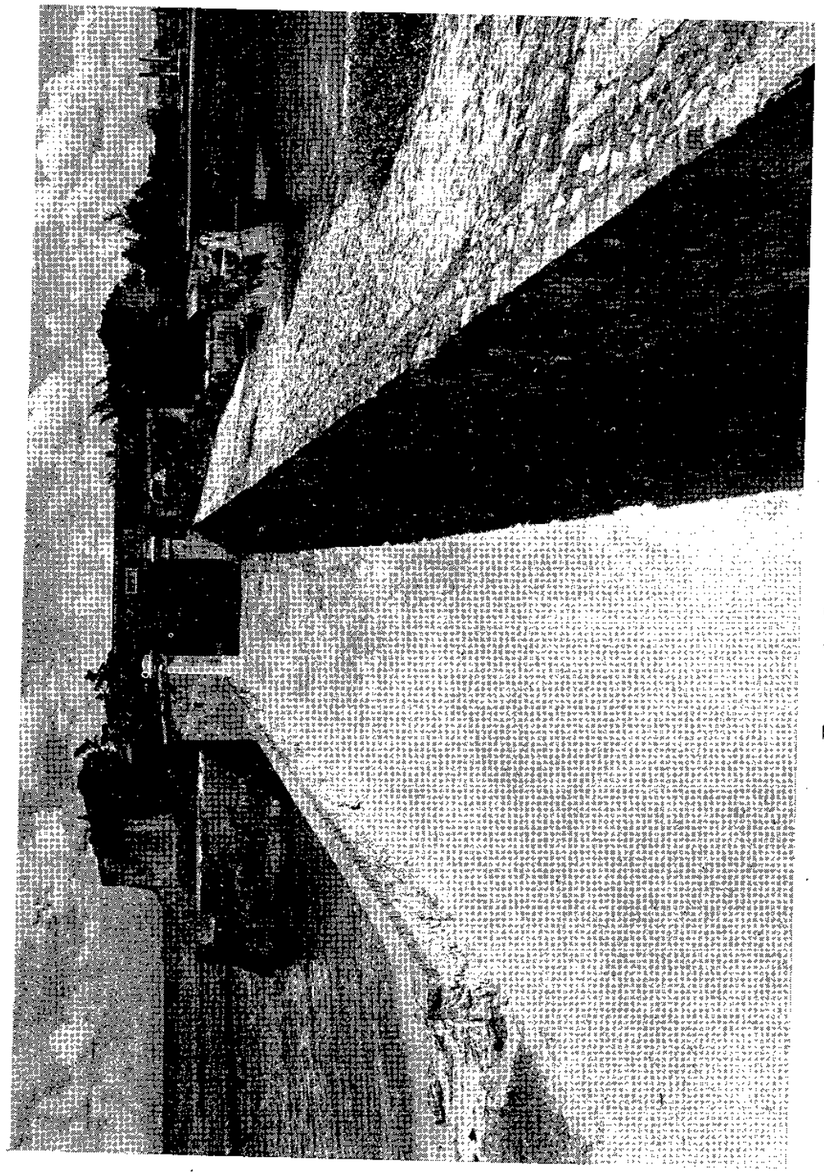
En todas partes, encuentran así los ingleses ejemplos de la energía defensiva española. Pero mientras emplazan sus baterías en el Cerro del Condado, advierten que en el Fuerte de San Jerónimo ondea la bandera de la República francesa. ¿Quién manda, pues, en la plaza? Desde la flota sitiadora, el Almirante Harvey envía un cortés parlamentario. "Pido al gobernador una satisfacción a mi pregunta: ¿contra qué bandera he de luchar?".

Mientras De Castro toma sus varias providencias, debe atender a este detalle del protocolo de la guerra. Ordena que se arríe el pabellón francés, para que no se confundan los ingleses y para que Harvey no dude —y así se lo escribe— "que con quien se ha de entender es con el Brigadier de los Reales Exércitos de Su Majestad Católica Don Ramón de Castro, Gobernador y Capitán General de la Plaza e Isla de Puerto Rico, el mismo que satisfará á V. E. en quanto se le ofrezca, como lo manda su Rey y lo dictan su honor y conocimientos Militares que no ignora la Nación Británica".

Ante tal cortesía, Harvey responde que sólo la curiosidad motivó la pregunta. Reconoce que De Castro es quien determina el pabellón bajo el cual se baten sus armas. Pero ni Harvey, ni Abercromby ni Castro pueden perder más tiempo en escrúpulos protocolarios ni en finas deferencias. El dios de la guerra impacientemente los cita a la acción.

Los españoles no van a permitir que Abercromby concentre su atención en el Puente de San Antonio. El 21 de abril, partidas de milicianos bajo los subtenientes de Milicias, Don Vicente y Don Emigdio Martínez de Andino, toman por sorpresa el Puente de Martín Peña y capturan soldados enemigos. Comienza a perfilarse una clara y peligrosa disyuntiva para los jefes ingleses: O avanzan rápidos sobre el Puente de San Antonio y fuerzan la entrega de los fuertes, o quedan expuestos a un contraataque por la retaguardia. Preocupado por la dilación, Harvey insta a Abercromby a que ataque la plaza. El general inglés, sin embargo, vacila. La actividad española le preocupa. A su juicio, la artillería debe reducir primero las murallas y fortificaciones de San Antonio. A puro cañonazo hay que abrirse paso hacia la ciudad.

De Castro, entretanto, no pierde tiempo. Asume personalmente la defensa del Puente de San Antonio. Multiplica



Fuerte de San Jerónimo.

los parapetos y las trincheras, esconde las lanchas en los manglares para que protejan la defensa del Caño y decide finalmente que las milicias disciplinadas, bajo el sargento don Francisco Díaz, realicen una acción sorpresiva sobre las trincheras enemigas.

En la madrugada del 24 de abril, avanzan sigilosas las piraguas. Su movimiento escapa a la atención británica. De pronto, Díaz da la voz de fuego. Sorprendidos los ingleses, tratan de defenderse. Tras la descarga, sable en mano, entran Díaz y sus hombres en la trinchera. La lucha es corta; los criollos pronto quedan dueños del punto de avanzada. La acción de reconocimiento provoca la reacción enemiga, pero antes de que los ingleses puedan aniquilar a Díaz y a su gente, la partida se repliega con rapidez a las líneas españolas.

La Crisis

Airado Abercromby, ordena el bombardeo de San Antonio. Desde el Cerro del Condado llueven ahora cañonazos y tiros de morteros sobre el fuerte que defiende el paso a la isleta. Es un momento decisivo, dramático. Los disparos ingleses hacen estragos. Son varios los muertos y heridos y hasta el propio Mascaró sufre una herida en la cabeza. Para mayor aprieto de los sitiados, los ingleses pasan a la isla de Miraflores —hoy Isla Grande— y desde allí intentan flanquear las defensas del fuerte. Desde el mar, Harvey se ocupará ahora de castigar los fuertes y apostaderos del Escambrón. Es clara la finalidad inglesa: perforar la primera línea de defensa de la plaza con todos los recursos disponibles.

Pero los españoles resisten. Pasan los días y los británicos no logran el avance deseado. La cohesión de sus fuerzas comienza a debilitarse. Aparecen en las líneas españolas desertores franceses. Llegan noticias de que en el campamento

enemigo principian a escasear los víveres y el agua. De sitiadores, los ingleses están a punto de convertirse en sitiados. No han podido salir de Santurce y Cangrejos. Están atrapados dentro del bolsón, mientras aumenta en el contorno la fuerza española, robustecida por la concentración de milicias.

El Contraataque Español

De Castro congrega de nuevo a sus jefes. El plan inglés ha fracasado. Ahora corresponde emprender la contraofensiva, prevista en el plan de operaciones. De Castro busca aniquilar la fuerza enemiga con un ataque simultáneo en que entren en juego las baterías, los lanchones y una acción enérgica por Miraflores y el Puente de Martín Peña.

Pero la metódica concepción del plan no logra contener la impaciencia de las tropas que en Martín Peña se baten bajo las órdenes del Subteniente, Don Luis de Lara. Antes de la señal convenida, los impetuosos milicianos avanzan sobre las posiciones enemigas en el Caño. Alerta los ingleses, tocan la Generala. Abercromby comprende que se enfrenta a un grave peligro y divide sus tropas: un cuerpo defiende el Puente de San Antonio; el otro, impide el avance desde Martín Peña. La acción de Lara le demuestra que ha perdido la partida. Lo urgente ahora es evitar el creciente cerco e impedir la batalla campal. De Castro no podrá poner en juego toda la vastedad de su plan. La gran batalla en que medita, no logrará realizarse ante la renuncia británica a batirse.

Abercromby decide el 30 de abril abandonar el asedio de la plaza. Es una decisión dolorosa, humillante, pero inevitable. Reembarca sus tropas con gran precipitación, dejando a la zaga armas de fuego, municiones y víveres. Ni tiempo tiene de enterrar los cadáveres. El 2 de mayo, ya están las tropas en los barcos. Favorable la brisa, hincha las velas de la flota. Y

cuando amanece el día 3, ya se ha perdido la escuadra en el horizonte. Será en las lejanas tierras de Egipto donde Abercromby logrará ganar fama contra las tropas de Napoleón, la fama que le niegan los arenales asoleados de Cangrejos. Los vigías de San Cristóbal contemplan por primera vez en varias semanas un mar limpio de velas enemigas.

En tierra, prende el júbilo. En pueblo tan cristiano, es el momento de dar gracias a Dios. La Catedral será el gran escenario de la satisfacción oficial y de la celebración del triunfo. En la explanada, frente a la Puerta de Santiago, se forma toda la guarnición. Por la histórica y añeja puerta penetra el desfile, camino del templo sagrado. Es un espectáculo de dramático colorido. Al frente van los dragones de la caballería; les siguen los granaderos con sus cañones; luego, los franceses y tras ellos, el Brigadier De Castro, imponente y marcial, con los jefes de la plaza y sus ayudantes. Al Brigadier, siguen los bravos defensores de San Antonio y San Jerónimo, con las espadas en mano, tremolando orgullosamente las banderas de los castillos. Aparecen entonces las Milicias Urbanas de la Ciudad y el Campo, con sus lanzas enastadas y sus machetes relucientes, milicias en las que se refleja el espíritu combativo del pueblo.

A la Iglesia Catedral se conducen las banderas de los dos fuertes, agujereadas de balazos; los franceses revolucionarios llevan también la suya y la empuñan mientras se canta el impresionante *Te Deum.* En el momento del Ofertorio, se adelanta el Obispo: su plática es "muy fervorosa y tierna" y obliga a derramar lágrimas de gozo. Al alzar la Hostia, comienzan las descargas de todos los puestos de la plaza. Truenan los cañones del Morro y de los castillos y de los buques en el puerto. Su voz es la voz sonora de la victoria.

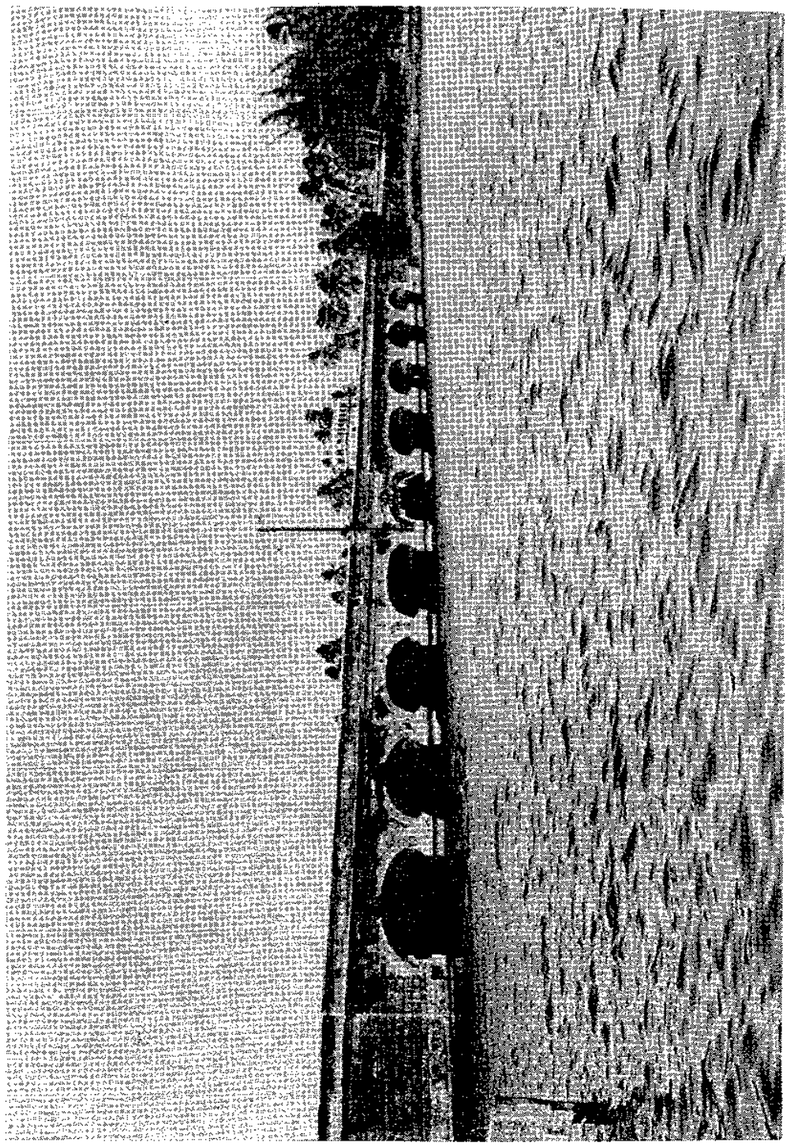
De la fiesta religiosa se pasa a la fiesta civil y ahora es

en La Fortaleza donde el Gobernador y su señora reciben a toda la gente de copete que viene a expresar sus felicitaciones.

Pero el júbilo no es sólo patrimonio de la oficialidad. Cala hondamente en el pueblo cuya movilización hizo posible el contener y rechazar la acción británica. Los milicianos que marcharon a Río Piedras y Bayamón, que se batieron impetuosamente en Martín Peña, se sienten también herederos de la victoria. No olvidará el pueblo su participación decisiva en la contienda. El héroe que quedará en la poesía popular no ha de ser el imponente Brigadier De Castro, sino el humilde Sargento de Toa Alta, José Díaz, quien muere en la acción de Martín Peña.

"En el puente de Martín Peña
Mataron a Pepe Díaz
Que era el hombre más valiente
Que el Rey de España tenía."

La defensa común fortalece el sentimiento creciente de patria. Y crear una patria, con la colonización efectiva de toda la tierra, con la afirmación de una conciencia civil, será la tarea que aguarde a Puerto Rico cuando despunte el siglo diecinueve.



He aquí el histórico puente de Martín Peña.